

Tres décadas después de «la fi de la història»

Pedro Ruiz Torres
pedro.ruiz@uv.es

«La fi de la història? O potser de la ciència històrica?», así comienza el libro de Josep Fontana *La història després de la fi de la història. Reflexions i elements per a una guia dels corrents actuals*, publicado en 1992. Años de acontecimientos imprevisibles, como la caída del muro de Berlín, el hundimiento de los regímenes comunistas de tipo soviético en Europa del Este y la disolución de la URSS, también fue la época del auge del neoliberalismo y de un intenso debate en Occidente sobre «la crisis de la historia». Con la salvedad de la distancia en otros muchos aspectos, la coyuntura de finales del siglo XX reproducía en cierto modo el desconcierto que Marc Bloch puso en boca de un oficial del Ejército francés en junio de 1940, el mismo día de la entrada de los alemanes en París: «¿Habrà que creer que la historia nos engañó?» (BLOCH, 1996: 123). Medio siglo después, parecía que otra vez la historia era incapaz de ayudar a entender el proceso en el que estábamos inmersos. Tras décadas de intensa renovación en el modo de concebir y practicar dicha disciplina, con nuevos objetos de estudio, enfoques, fuentes y métodos de trabajo, y cuando había abandonado el tradicional aislamiento y establecido unas relaciones amplias y estrechas con las demás ciencias sociales, ¿la historia se encontraba en un estado casi de defunción inmediata? Como dejó constancia Roger Chartier en esos mismos años, resultaba paradójico plantearse la crisis de la historia justo en el momento en que las ediciones de libros de historia mostraban una vitalidad y una inventiva sorprendentes (CHARTIER, 1994: 2).

Puesto entre interrogantes, *el fin de la historia o tal vez de la ciencia histórica* dio pie a las reflexiones de Josep Fontana sobre lo que estaba sucediendo en la historiografía. «El final de la historia», nos dice, es una expresión de moda acuñada por Francis Fukuyama en un artículo publicado en 1989 y convertido después en libro, que reelabora la tesis de Hegel reciclada por Kojève en los años treinta,

* Este texto contiene la conferencia pronunciada el 11 de mayo de 2023 en la «Càtedra Josep Fontana» del Institut d'Història Jaume Vicens Vives (IHJV). Agradezco la invitación de Joaquim Albareda, director del IHJV, y las atenciones de Josep Pich, director de dicha càtedra, así como de Carmen Monge.

puesta ahora al servicio del conservadurismo norteamericano. No merece la pena detenerse en ello, añade Fontana, pero esa expresión también se utiliza en otro sentido, con el fin de plantear el problema de si la ciencia histórica ha llegado a su fin. Fontana deja claro que no pretende resolver un problema tan complejo. Sus reflexiones solo aspiran a ayudar a quienes se interesan por el estudio de la historia, en especial a los dedicados a su enseñanza, a orientarse en el laberinto de corrientes que ha venido a remplazar el mapa, bastante nítido poco antes, del territorio frecuentado por los historiadores (FONTANA, 1992: 7-8).

Mi intervención tendrá dos partes. En la primera, con la perspectiva de las tres décadas transcurridas desde principios de los años noventa, llevaré a cabo un análisis de ciertos puntos de vista expuestos en aquellos años por diversos historiadores sobre la crisis de la historia y el estado de la historiografía. Me centraré en unas pocas interpretaciones, a mi parecer las más esclarecedoras, con el fin de destacar las coincidencias y las discrepancias a la hora de dar cuenta de lo que estaba sucediendo. En la segunda parte me referiré a algunas tendencias que han ido adquiriendo relieve en la investigación histórica. A mi parecer, muestran un cambio de rumbo que no fue tomado en consideración en ninguno de los supuestos «giros» (narrativo, lingüístico, crítico, subjetivo, postsocial, cultural, pragmático, hacia las prácticas, etc.) mencionados en los años noventa, ni más tarde al poner el foco de atención en el llamado «fenómeno memorial», «el boom de la memoria» o «la nueva cultura de la memoria». Al menos que me conste, la expresión *giro hacia la experiencia* no se utilizó entonces ni tampoco después. Sin embargo, como intentaré poner de manifiesto, *la noción de experiencia* desempeña un papel fundamental en al menos ocho formas distintas de historiografía, como veremos en la segunda parte.

LA CRISIS DE LA HISTORIA EN EL ÚLTIMO FIN DE SIGLO

A principios de los años noventa, escribe Josep Fontana, el mapa del territorio de la historia, poco antes dividido en dos o tres continentes (la historia «marxista», la académica conservadora y la supuesta «tercera vía» de los *Annales*), estaba siendo reemplazado por un «laberinto de corrientes». El fracaso de las expectativas que muchos habían puesto en formas elementales y catequísticas del marxismo como alternativa a la historia tradicional había llevado a una reacción que condujo al escepticismo, como acostumbra a suceder en toda crisis de fe. A la «tormenta revisionista» de los últimos años, que favorecía la confusión y el desconcierto entre los historiadores, Josep Fontana contraponía en 1992 la necesidad de una renovación sustancial, con el fin de abandonar viejos modelos fosilizados, basados en una visión lineal del progreso a la manera de Occidente. Hemos de eliminar de nuestra teoría de la historia la vía única, pensar el pasado en términos de encrucijadas con diversas opciones y evitar admitir sin discusión que la fórmula que se impuso fue

la mejor. En un momento de desconcierto ideológico y político es preciso comprender las razones del desencanto y ofrecer alternativas a los jóvenes. La historia continúa siendo importante para comprender el mundo, concluye Fontana, y de una gran utilidad social porque es la más próxima a la vida cotidiana y la única que abarca lo humano en su totalidad, además de resultar la más inteligible para la mayoría de las personas. Merece la pena repararla y ponerla a punto, entre todos, con vistas a un futuro difícil e incierto (FONTANA, 1992).

En la breve síntesis de la trayectoria de la ciencia histórica en el siglo XX de George G. Iggers, inicialmente publicada en alemán en 1993, traducida a numerosos idiomas y ampliada, modificada y muy citada desde entonces, este historiador norteamericano nacido en Hamburgo diferenciaba dos grandes tendencias actuales. La primera iba «desde el historicismo clásico hasta la historia como ciencia social analítica» y la segunda, en los últimos veinte años, «de la ciencia social histórica al *giro lingüístico*». La sustitución del modelo tradicional del historicismo por formas de investigación de carácter científico social (la historia económica y social en Alemania, las tradiciones americanas de historia social y los *Annales* en Francia) resultaba muy manifiesta hacia 1975, pero a principios de los años noventa el panorama era muy distinto. Iggers daba cuenta de ello con estos tres interrogantes: ¿el «fin» de la historia?, ¿el fin de la historia como ciencia?, ¿el fin de la ilustración? Desde su punto de vista, aquello que había terminado era el consenso en torno a la posibilidad de descubrir el curso de *la* historia como si fuera un proceso continuado y en una dirección determinada. Ahora las múltiples historias de individuos, agrupaciones y culturas se consideraban más cerca de la realidad que las abstracciones de una historia unitaria. A semejante novedad se añadía el reconocimiento de que la relación entre el historiador y su objeto de investigación es mucho más complicada de lo que antes se suponía. No existe ningún paradigma en este terreno, como en el siglo XIX y a mediados del siglo XX, sino una multiplicidad de estrategias de investigación y las formas que puede adoptar la explicación en el trabajo de los historiadores son muy variadas. Por último, concluía Iggers en 1993, la historiografía todavía debía adoptar buena parte del legado de la Ilustración, como el empeño por liberarse del mito y no renunciar a ocuparse científicamente del pasado, pero también ser consciente de la complejidad y de los límites de dicho propósito y muy crítica con no poco de la herencia ilustrada (IGGERS, 1995).

El punto de vista de Josep Fontana y el de Georg G. Iggers, expuestos casi al mismo tiempo a principios de la década de 1990¹, coinciden en la percepción de que había llegado el final de una visión lineal del progreso en historia, a la manera occidental, y se entraba en una época muy distinta de la del predominio

1. En la edición original del libro de Georg Iggers, *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert*, publicado en 1993, el subtítulo hace hincapié en que se trata de una ojeada crítica desde una perspectiva o en un contexto internacional (IGGERS, 1993). La primera edición en castellano lleva por título *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* (IGGERS, 1995).

de unos u otros paradigmas en la disciplina histórica. La ruptura con el pasado se reitera en estas y en otras reflexiones de la década de 1990. Roger Chartier habla de un «tiempo de incertidumbre», de «crisis epistemológica» o de «giro crítico», expresiones utilizadas por diversos historiadores en el diagnóstico de lo que estaba sucediendo. Para Gerard Noriel, en el libro *Sur la crise de l'histoire*, era «un tiempo de dudas» y de controversias en la profesión de los historiadores. Los paradigmas dominantes en la década de 1960 e incluso a mediados de los setenta (marxismo, estructuralismo, los usos confiados en la cuantificación) habían perdido su capacidad de estructurar las ciencias sociales (CHARTIER, 1994: 1); la comunidad de historiadores estaba desintegrada y su identidad colectiva debilitada por la apertura de la disciplina al mundo exterior (NOIRIEL, 1996: 18-38).

Sin embargo, conviene aclarar que la descomposición y fragmentación de la historia, en tanto que disciplina, era un proceso que llevaba décadas produciéndose a finales de la pasada centuria, no una novedad reciente. De manera muy temprana se había manifestado en Estados Unidos, en una coyuntura intelectual muy diferente de la del último fin de siglo y en un medio social protagonizado por los historiadores de la nueva izquierda (con su crítica del capitalismo en Occidente y del comunismo en la URSS y en Europa del Este), la protesta universitaria, el rechazo de la «verdad oficial» y las reivindicaciones identitarias de la *black history* y de los *women's studies*. Para Carl E. Schorske, autor del libro *Fin-de-siècle Vienna. Politics and Culture* (1980), con el que ganó el premio Pulitzer, el derrocamiento de Clío como reina en Norteamérica tuvo lugar en las décadas de 1960 y 1970, según nos dice en el último de los ensayos incluidos en *Pensar con la historia*. Allí la crisis de identidad de Clío se dio en el contexto de una especialización y polarización de las ciencias humanas, atraídas por unas ciencias sociales cada vez más empíricas y menos humanistas o, en sentido opuesto, por unas humanidades que tendían a aumentar la abstracción y a ser menos sociales. Clío no solo dejó de ser cortejada, añade Schorske, «sino que se encontró en el lecho de Procusto en su propia casa, hecha pedazos entre los historiadores que buscaban inspiración para las ciencias sociales deshistorizadas y los historiadores que miraban por unas humanidades deshistorizadas» (SCHORSKE, 2001: 370-371). En la última de las cuatro partes del extenso y detallado estudio de Peter Novick sobre la objetividad y la historia profesional norteamericana durante el siglo XX, publicado en 1988, puede verse cómo durante la década de los sesenta comenzó a venirse abajo el consenso ideológico que desde 1940 había favorecido la postura objetivista en Estados Unidos. La situación a finales de los años ochenta, concluía Novick, recordaba el último verso del *Libro de los jueces*: «En aquellos días no había rey en Israel; cada hombre hacía lo que a sus ojos le parecía bien» (NOVICK, 1997: tomo II, 746).

Al otro lado del Atlántico, el fenómeno de la ausencia de paradigmas unificadores y de la correspondiente fragmentación y crisis epistemológica de la historia empezó a ser considerado, en Gran Bretaña y luego en Europa continental, a finales de la década de 1970 si tomamos como indicador el difundido artículo de

Lawrence Stone sobre el retorno de la narración. Se manifestó sobre todo en los años ochenta, como destacara Dosse en 1987, y en la primera mitad de los noventa, es decir, en los años de las reflexiones de Fontana, Iggers, Chartier y Noiriel sobre la crisis de la historia. En este último fin de siglo la coyuntura intelectual y política era muy diferente. A finales de los años sesenta y principios de los setenta sobresalían las críticas al capitalismo, al comunismo soviético y a la historia oficial, las protestas universitarias y las reivindicaciones identitarias de las minorías oprimidas, como Peter Novick hemos visto que destacaba, mientras que la década de los noventa, por el contrario, fue la del hundimiento del bloque soviético y la del auge del neoliberalismo.

Así pues, la ruptura con la época de los grandes «paradigmas» dominantes en la historiografía tuvo un alcance internacional, pero el momento en que comenzó a manifestarse y la coyuntura que precipitó la subsiguiente crisis variaron en Norteamérica y en Europa. Otro tanto puede decirse de las denominaciones que recibieron los tipos de historia con mayor implantación en el medio académico antes de la crisis: los tres «continentes» de la historia «marxista», la historia «conservadora» y «la escuela de *Annales*», a los que hace referencia Fontana; el paradigma de la segunda generación de *Annales*, que Chartier denomina «estructuralista» y Dosse asocia con la «geohistoria» de Braudel; el «paradigma galileano» del que hablan Ginzburg, Stone y Chartier; las diversas variantes de la «postura objetivista» en la historiografía profesional norteamericana, mencionadas por Novick, o de la «ciencia social histórica» en Europa, según Georg G. Iggers. En general, con independencia de los nombres que recibieron esos paradigmas y de cómo se valoró su desaparición, el desguace de *la* historia en singular trajo un fenómeno irreversible en el medio universitario, que ha ido intensificándose desde entonces y que hoy resulta tan llamativo como imposible de gestionar. En compañía de la vieja división cuatripartita de la historia por épocas («historia antigua», «historia medieval», «historia moderna» e «historia contemporánea»), aumentó con suma rapidez la especialización en campos de investigación y de enseñanza por motivos distintos a los de la periodización tradicional. De esa manera, aparecieron múltiples y muy diversos modos de «hacer historia». Como escribía Iggers en 1993: a falta de uno o varios paradigmas unificadores, ahora existe una multiplicidad de estrategias de investigación y de formas muy variadas de explicación en la historiografía.

De semejante fragmentación empezaron a dar cuenta dos obras colectivas, una publicada en 1974 en tres volúmenes con el título *Faire de l'histoire*, dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora (LE GOFF y NORA, eds., 1978 y 1980), y otra editada en 1991 por Peter Burke y denominada *New Perspectives on Historical Writing* (BURKE, ed., 1993). Más tarde, Elena Hernández Sandoica, en su libro *Tendencias historiográficas actuales*, proporcionó en 2004 una amplia y rica panorámica, que iba desde las «historias sectoriales» y las «historias alternativas» de la «nueva historia» del siglo XX (historia social, demografía histórica, historia económica, historiografía marxista, sociología histórica, historia de las mentalidades, historia

y antropología) hasta las tendencias más recientes y con renovados enfoques: historia oral, historia intelectual e historia cultural, historia y biografía, nueva historia política, historia de las mujeres y de las relaciones de género, historia ecológica o ambiental, microhistoria e historia local, historia de la vida cotidiana, historia del presente o historia vivida, etc. (HERNÁNDEZ, 2004).

Desde mediados de los años setenta hasta finales de los noventa, las interpretaciones y valoraciones sobre «la crisis de la historia» y todo aquello que trajo consigo variaron mucho. El abandono de los paradigmas anteriores, no reemplazados por otros, y la subsiguiente fragmentación y crisis epistemológica de la historia suelen ponerse en relación con dos hechos de diferente carácter, concebidos de distinta manera: por un lado, con *la apertura de la historia a las ciencias sociales* (un factor que en gran medida había contribuido a dejar atrás el modelo historicista del siglo XIX y abrir el camino a un nuevo tipo de historia); por otro, con el supuesto *retorno de la narración*. El primero venía de atrás en el tiempo, como Lawrence Stone puso de relieve en un texto publicado en 1976. A partir de 1930 la historia profesional había ido saliendo de su tradicional aislamiento para acercarse a las ciencias sociales, y la «nueva historia», nos dice Stone, fue una consecuencia de ello y trajo un cambio fructífero de tipo epistemológico y metodológico. Antes de seguir por ese camino se hacía necesario un examen crítico, para contrarrestar los excesos de la cuantificación y conjurar los peligros de una noción teórica preconcebida de lo que se entiende por ciencia. En vez de ir en busca de explicaciones deterministas y de leyes de aplicación universal, el historiador debía reafirmar, según Stone, la importancia de lo concreto, lo particular y lo circunstancial, combinar datos y métodos cuantitativos y cualitativos, y abogar por la diversidad metodológica y el pluralismo ideológico².

Por su parte, Fontana criticó en 1992 «la il·lusió científista», de la que la «cliometría» era un buen ejemplo, que iba en busca del auxilio de otras ciencias sociales e intentaba suplir con sus métodos la pérdida de confianza en el instrumental analítico de la historia. A ello se añadía «l'obsessió quantificadora», nos dice Fontana, que en el caso concreto del estudio del nivel de vida dejaba fuera otros elementos no cuantificables, pero decisivos, como las experiencias y las expectativas de los diversos grupos sociales. Ambos eran intentos bastante inútiles y se prestaban a la caricatura de Carlo Cipolla en *Allegro ma non troppo* (CIPOLLA, 1991). Para colmo, de nuevo según Fontana, respondían a concepciones de la ciencia completamente superadas, sobre todo después de la «segunda revolución científica», la de la relatividad y la mecánica cuántica, y de la «tercera revolución científica, la de la física de la complejidad (FONTANA, 1992: 23-55).

2. El texto de Lawrence Stone se publicó inicialmente en 1976, en el libro colectivo compilado por C. Delzell *The Future of History*, y más tarde se incluyó en *The Past and the Present* (1981). Cito por la edición en castellano, capítulo primero, «La historia y las ciencias sociales en el siglo XX» (STONE, 1986: 15-60).

En cuanto al «giro narrativo» en la historiografía, mencionado insistentemente a finales del siglo XX, no podemos verlo como un hecho que hubiera empezado a manifestarse a finales de los años setenta, por más que así lo hiciera pensar el influyente ensayo de Lawrence «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History»³. En este artículo, su autor ponía en relación dicho fenómeno con el fracaso de las expectativas puestas en la cuantificación y con el desencanto respecto a los modelos del determinismo histórico basados en la economía, la demografía y la sociología, sin que ningún otro modelo asimismo determinista y sustentado en alguna otra ciencia social (la política, la psicología o la antropología) hubiera surgido para ocupar el lugar dejado vacante. Todo ello, sin embargo, no tenía por qué llevar a contraponer narración a ciencia, por cuanto Stone ponía énfasis en el abandono de un modo uniforme y neopositivista de concebir la ciencia. Además, él mismo establecía una diferencia sustancial entre los historiadores narrativos tradicionales y el desplazamiento hacia la narrativa de los nuevos historiadores. Aquello que venía dándose era un cambio sustancial en la historiografía, pero Stone no encontraba un término adecuado para expresarlo y de momento, nos dice, recurre a la palabra *narrativa* a modo de «símbolo taquigráfico de lo que estaba sucediendo» (STONE, 1986: 120). En definitiva, «el retorno de la narrativa», es decir, la expresión acuñada por Lawrence Stone en 1979 y de tanto éxito a principios de los años noventa, solo era «un indicador de problemas», tal como nos dice Josep Fontana, no una propuesta de solución o una alternativa a la historia como ciencia para hacer frente a esos problemas.

No obstante, pese a que a principios de los años noventa el mencionado historiador británico dejara clara su postura contraria al posmodernismo en historia y a favor de una nueva alianza entre la historia y las ciencias sociales (STONE, 1991), determinados contenidos del famoso artículo de 1979 se prestaron a confusión. La ambigüedad de Stone a la hora de hablar de ciencia y de narración, su afirmación de que había llegado el final de los intentos «por producir una explicación coherente y científica sobre las transformaciones del pasado» y su opinión acerca de que en los «nuevos historiadores» se estaba dando un viraje «de lo analítico a lo descriptivo» (STONE, 1986: 115 y 117), dieron pie a interpretar que la narración era la alternativa a la historia científica. Así, en la última de las revisiones de su síntesis sobre la historiografía del siglo XX, con cambios también en el título, Georg G. Iggers hizo auténticos malabarismos para poner en relación «el retorno del relato» de Stone con «el giro lingüístico» y el «desafío del posmodernismo», al tiempo que dejaba constancia de que dicho historiador seguía siendo partidario de la alianza entre la historia y las ciencias sociales, si bien de un modo distinto al de los años sesenta (IGGERS, 2012: 161-166 y 193).

3. «El retorno de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia», que reproduce traducido al castellano el ensayo publicado en 1979 en *Past and Present* (STONE, 1986: 95-120).

En cuanto al supuesto «retorno de la narración», Roger Chartier se remitía a la obra *Temps et récit* de Paul Ricoeur para insistir en que toda historia, incluso la menos narrativa, la más estructural, se construía a partir de fórmulas que gobernaban la producción de relatos. Hablar, como se estaba haciendo, del retorno del relato le parecía un mal planteamiento de la cuestión, porque la mutación era de otro orden. En detrimento del antiguo tipo de narración y de los grandes «relatos» estructurales de la historia global o de los «relatos» estadísticos de la historia serial, se daba preferencia ahora a otras formas como las de los relatos biográficos entrecruzados de la microhistoria (CHARTIER, 1994: 6-7). Volveremos dentro de un momento sobre esta cuestión.

Muy distintas y a veces opuestas fueron las apreciaciones en la década de 1990 sobre el nuevo tipo de historia convertido en exponente de la ruptura con los paradigmas dominantes. En general, Josep Fontana valoraba de un modo muy negativo la «tempestad revisionista» e incluía en ella la historia narrativa, en sus distintas versiones, y también la denominada «microhistoria», los efectos del «giro lingüístico» en la historiografía y la centralidad del discurso, y la conversión de las ideas, los sentimientos, las mentalidades, las representaciones y la cultura en el motor de la historia. Todo ello, según Fontana, había intensificado la desintegración, la fragmentación y la segmentación de la historia provocada inicialmente por el «cientifismo». Así, tanto la microhistoria en buena medida como «la nouvelle histoire» (diferente de la vieja historia de los *Annales*) y «la historia de las mentalidades» (salvo en casos excepcionales, como el de Michel Vovelle y el de Roger Chartier), según Fontana, habían renunciado al análisis global de la sociedad y a una perspectiva de conjunto; a un punto de vista más amplio que se desprendiera de la visión lineal del progreso y ayudara a recuperar la capacidad de acción colectiva y de intervención política, para cambiar el presente y construir un futuro mejor (FONTANA, 1992: 15-21 y 75-96).

Aun dando cuenta de la crítica a la microhistoria y a la historia de la vida cotidiana por parte de historiadores como Jürgen Kocka en Alemania, para quienes al igual que Fontana la concentración en la pequeña escala podía llevar a la recopilación de anécdotas y casos individuales, a una historia apolítica más bien propia de anticuarios, Georg G. Iggers concebía de otro modo el cambio reciente en la historiografía. En su opinión, la microhistoria italiana, en particular la de Carlo Ginzburg y la de Giovanni Levi, y la microhistoria del proyecto de proto-industrialización en torno a Hans Medick en Alemania, muy diferentes entre sí, eran una extensión y no un repudio de la historia científico-social precedente. La pérdida de fe en una visión optimista acerca de los beneficios sociales y los frutos políticos del progreso tecnológico y de la modernización, según Iggers, había llevado a poner en el centro de atención de esta nueva historia la vida de la mayor parte de la gente, las existencias individuales, lo cotidiano, la experiencia vivida. Con semejante objetivo, unas veces echaban mano de la antropología cultural de Clifford Geertz y otras del denominado «marxismo cultural», este último muy

crítico con los enfoques marxistas y científico-sociales tradicionales. En opinión de Georg Iggers, la historia centrada en las existencias individuales podía coexistir o complementarse con otra que se ocupara de las grandes transformaciones sociales.

Por su parte, en los años noventa, Roger Chartier expuso un punto de vista que tomaba en consideración diversos aspectos de la trayectoria de la historiografía en el siglo XX, no necesariamente incompatibles. Para empezar, Chartier valoraba de manera positiva los efectos de la doble revolución de la historia que en los años sesenta trajo la adopción del «paradigma estructuralista» y del «paradigma galileano». Con el primero de ellos, los historiadores habían centrado su atención en las estructuras y las relaciones que, con independencia de las percepciones y de las intenciones de los individuos, dirigen la economía, organizan las relaciones sociales y engendran las formas del discurso, estableciendo así una separación radical entre el objeto del conocimiento histórico y la conciencia subjetiva de los actores. Por medio del segundo paradigma, la cuantificación de los fenómenos, el tratamiento estadístico y la construcción de series habían hecho pensar que también el mundo social estaba escrito en lenguaje matemático y era posible establecer leyes. Gracias a esta doble revolución, considera Chartier, nuestra disciplina se alejó de una pura cartografía de particularidades, de un simple inventario inacabado de casos o hechos singulares, y pudo enlazar con la ambición de la ciencia social a principios del siglo XX de identificar estructuras y regularidades. Asimismo, se desprendió de una pobre idea de realidad, por cuanto la realidad abarcaba ahora no solo los datos recogidos en la inmediatez de la experiencia, sino también los sistemas de relaciones que organizan el mundo social. Durante las dos últimas décadas, prosigue Chartier, algunas de las certezas compartidas ampliamente y durante mucho tiempo cayeron por tierra. Por una parte, al ser cada vez más sensibles a las nuevas aproximaciones antropológicas o sociológicas, los historiadores quisieron restaurar el papel de los individuos en la construcción de los vínculos sociales. De ahí el desplazamiento de las estructuras a las redes, de los sistemas de posición a las situaciones vividas, de las normas colectivas a las estrategias singulares. La microhistoria es para Chartier el mejor ejemplo de esta transformación, apoyada en «modelos interaccionistas o etnometodológicos» (CHARTIER, 1994: 2-5).

Una segunda razón que había quebrado antiguas certidumbres era para Chartier la toma de conciencia por parte de los historiadores de que su discurso, cualquiera que sea la forma, siempre resulta un relato. Ahora bien, no se trata de los antiguos relatos de grandes personajes y héroes, ni tampoco de los relatos estructurales de la historia global, protagonizados por entidades anónimas y abstractas, o de los relatos estadísticos de la historia serial, sino de las narraciones biográficas entrecruzadas de la microhistoria. Los historiadores que consideran esencial la pertenencia de la historia a las ciencias sociales (con los cuales se identifica Roger Chartier) toman en cuenta que toda historia es narrativa, pero rechazan tanto los planteamientos extremos del «giro lingüístico», que reduce la experiencia al discurso y anula toda

distinción posible entre ficción e historia, como el «retour en politique, pensé dans une radicale autonomie» y la vuelta a la filosofía del sujeto que lo acompaña. Se trata de concebir el saber histórico no con las categorías del paradigma estructuralista y del paradigma galileano, tampoco como una mera actividad literaria, sino en la tensión fundamental puesta de relieve por Michel Certeau, para quien la historia se convierte en una práctica «científica» con distintas modalidades, que dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de las restricciones impuestas por el lugar social y la institución del saber en la que se ejerce, y de las reglas que necesariamente dirigen su escritura. Asimismo, la historia resulta un discurso dispuesto a poner en juego construcciones, composiciones y figuras que son también las de la escritura narrativa, incluso de la ficción, pero que al mismo tiempo producen un cuerpo de enunciados «científicos». Siempre que por tal se entienda, concluye Chartier, la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan controlar las operaciones con vistas a la producción de objetos determinados, capaces de «representar» adecuadamente la realidad referencial y mantener la intención de verdad, sin la cual los historiadores dejarían el campo libre a todo tipo de falsificaciones y de falsedades (CHARTIER, 1994: 5-21).

TREINTA AÑOS DESPUÉS

A cuatro décadas de distancia desde que en los ochenta «la crisis de la historia», por decirlo a la manera de Gerard Noriel, se convirtiera «en un tema privilegiado de las discusiones entre los historiadores que reflexionan sobre el estado actual y el porvenir de la disciplina» (NOIRIEL, 1995), ¿qué queda de todo aquello? A más o menos treinta años de distancia de las apreciaciones y valoraciones recogidas en el apartado anterior, expuestas por Fontana, Iggers, Chartier, Noiriel, Stone, Dosse, Novick y Schorske, con sus semejanzas y diferencias, ¿ha cambiado nuestra manera de concebir lo sucedido?

No faltan hoy los historiadores que consideran una desmesura la expresión «crisis de la historia», una exageración debida al desconcierto por los acontecimientos de aquellos años, no al estado de la historiografía. A muchos les parece que no se ha dado ningún cambio de rumbo radicalmente distinto en el terreno epistemológico y metodológico, a lo sumo un desplazamiento desde lo económico a lo cultural. En este sentido, sin embargo, confieso no tener nada claro en qué consiste ese supuesto *giro hacia la cultura*, ni resulta fácil ponerse de acuerdo sobre lo que es posible entender por «nueva historia cultural». Al menos me lo parece después de haber leído libros tan diferentes como *Compendio de historia cultural*, de Ute Daniel, *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, de Justo Serna y Anaclet Pons, y el volumen de catorce autores bajo la dirección de Philippe Poirier *L'histoire culturelle : un «tournant mondiale» dans l'historiographie* (DANIEL, 2005; SERNA y PONS, 2005, POIRIER, ed., 2008).

En un libro reciente, titulado *En defensa de la razón*, Fernando Erice considera que la influencia del posmodernismo, entendido en sentido amplio, ha sido dominante en el conjunto de la más reciente historiografía tras la crisis del marxismo y de la historia social. Su autor aboga por una renovación de la historia social que recoja «algunas de sus sugerencias o sus énfasis críticos». El problema es que Erice entiende por posmodernismo una mezcla de propuestas reconocibles en ese sentido y de otras que no me lo parecen. Así, por ejemplo, el rechazo de cualquier tipo de racionalismo, la recusación en bloque de la herencia ilustrada, el cuestionamiento de toda idea de verdad o la atribución al lenguaje de «un papel absoluto» en la construcción de la realidad pueden ponerse en relación con el posmodernismo. Sin embargo, me parece cuestionable un concepto tan amplio de posmodernismo como el de Erice, que incluye también la crítica a un modo unitario de concebir la razón y la ciencia, a la parte más negativa del legado de la Ilustración, a las teleologías históricas, a la idea de progreso y a los grandes relatos de la modernidad. Tampoco, en mi opinión, el «postmodernismo» puede relacionarse con el desplazamiento desde el centro a los márgenes, la acentuación «de la *diferencia* y la heterogeneidad frente a la dialéctica integradora», y la atribución al lenguaje de «un papel fundamental» en la construcción de la realidad. Meterlo todo en el mismo saco lleva a considerar que la mayor parte de las nuevas formas de historia, surgidas de la crisis epistemológica de los años ochenta y noventa, trajeron una «nueva etapa historiográfica» bajo la influencia del posmodernismo de la que, en palabras de Erice, es posible recuperar ciertos aspectos críticos, una vez desgajados de su fondo «irracionalista, escéptico e idealista» (ERICE, 2020: 273-275).

En otro sentido, las conclusiones a que llegan Sabina Loriga y Jacques Revel en una obra que acaba de publicarse, *Une histoire inquiète. Les historiens et le tournant linguistique*, resultan esclarecedoras (LORIGA y REVEL, 2022). La «crisis de la historia» que se anuncia durante los años ochenta en Europa y en Norteamérica, nos dicen, fue percibida por la mayoría de los profesionales de la historia, se diagnosticó de diversas maneras y trajo consigo una importante reflexión sobre la historia en el interior de dicha disciplina, en compañía de cuestionamientos insistentes sobre la vocación cívica que desde el siglo XIX se le había reconocido y le había conferido una excepcional legitimidad pública. No todo era nuevo en los interrogantes que se suscitaron entonces, puntualizan Loriga y Revel. Por una parte, enlazaban con la crítica de la razón histórica emprendida por Dilthey a finales del siglo XIX, prolongada y reformulada luego por Weber y de la que hubo una versión italiana con Benedetto Croce y otra inglesa con Robin Collingwood, quienes se habían distanciado de la tradición historicista de Ranke. De otro lado, en el seno del movimiento analítico anglosajón había ido dándose a lo largo del siglo XX una reacción en contra del modelo fuerte y unitario de ciencia propuesto por Carl Hempel, así como un debate sobre la especificidad de la explicación histórica, en el que participaron William Dray (explicación por razones), Georg Henrik von Wright (explicación casi causal) y Arthur C. Danto, William Gallie y

Louis Mink (distintos rasgos de la escritura narrativa). Sin embargo, como Sabina Loriga y Jacques Revel ponen de manifiesto, eran reflexiones y debates que habían tenido lugar en un terreno, el de la filosofía, por el que la tradición historiográfica y la profesión de los historiadores apenas se habían interesado desde Ranke. Cuando a partir de los años setenta, de manera insistente, se expresó el sentimiento de quiebra de la unidad de la disciplina, esta pérdida de coherencia se pensó inicialmente como el resultado paradójico del crecimiento acelerado del número de estudiantes y de enseñantes, y de la multiplicación de especialidades que se convertían en autónomas y se comunicaban cada vez menos entre ellas. En ese contexto Sabina Loriga y Jacques Revel sitúan el artículo de Ankersmit «Historiography and Posmodernism», publicado en 1989 en la revista *History and Theory* y que puede leerse como un manifiesto a favor del posmodernismo en historiografía, y la repercusión de una de las diferentes variantes del llamado *giro lingüístico*, la que suele relacionarse con la teoría expuesta por Hayden White en su libro de 1973 *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* y en otras obras posteriores.

A Sabina Loriga y a Jacques Revel el *linguistic turn* en la historiografía les parece un movimiento intenso y relativamente breve, del cual se comenzó muy pronto a hablar en pasado en la segunda mitad de la década de 1990, como el final de un episodio efímero. En su fase más activa, la de los años ochenta, sus principales protagonistas expresaron en inglés las proposiciones en conflicto con quienes las rechazaban (la mayor parte de los historiadores profesionales). Su marco de influencia se amplió luego hasta llegar a América Latina, a Europa central y oriental e incluso a China, como respuesta a ideologías durante mucho tiempo impuestas y en relación con tradiciones intelectuales más antiguas. Sin haber llegado nunca a convertirse en una teoría o en un método, el giro lingüístico en la historiografía es concebido por Loriga y Revel como *el síntoma de una crisis* y como *una experiencia historiográfica*. La crisis la describen, por una parte, como una crisis de autoridades, que trajo consigo la ruptura del consenso entre los historiadores, y por otra llevaría a cómo los dramas del siglo XX y las crisis de los últimos decenios alimentaron el sentimiento de vivir en un tiempo sin dirección, con un futuro borroso y una aprehensión del pasado cada vez menos segura. El conjunto de las experiencias, inscrito en un tiempo muy breve, resulta para Loriga y Revel revelador de unos problemas que, cualquiera que haya sido el modo de formularlos, hemos de verlos como los síntomas de una inquietud que no ha desaparecido. La duda persiste, concluyen Sabina Loriga y Jacques Revel, porque somos conscientes de que la verdad jamás es independiente de sus condiciones de enunciación, la mirada al pasado siempre está situada en un *lugar* social, todas las representaciones históricas están insertas en una lengua, en una cultura, en unas instituciones y en el contexto político contemporáneo del historiador, y la historia jamás es inocente, «son langage surplombant et impersonnel dissimule des enjeux politiques majeurs» (LORIGA y REVEL, 2022: 360-361 y 364).

Uno de los interrogantes con que termina *Une histoire inquiète* me da pie a introducir y desarrollar el argumento con el que pretendo resaltar un aspecto importante del cambio reciente en la historiografía. ¿El historiador, se preguntan Sabina Loriga y Jacques Revel, puede ser extraño a las nuevas figuras de la experiencia del tiempo? En absoluto, según pienso, y semejante proximidad ayuda a entender por qué la experiencia ha adquirido tanta importancia en un conjunto amplio y diverso de formas de concebir y practicar la historia. Se me podrá objetar que la experiencia no ha necesitado de reconocimiento alguno en la historiografía; de un modo u otro siempre estuvo presente en los estudios históricos. Otro tanto puede decirse de la narración, del lenguaje o de la memoria y, en consecuencia, tampoco habría habido ningún «giro» en ese sentido, pero se trata de algo muy diferente. Aquello que llama la atención es el relieve cada vez mayor adquirido en las últimas décadas por el vocablo «experiencia», así como por los términos «narración», «lenguaje» y «memoria colectiva», en obras diversas de un número creciente de historiadores, al referirse tanto a los objetos de estudio como al trabajo de investigación. Apenas se ha reflexionado sobre ese cambio de rumbo en torno a la *noción de experiencia*, en comparación con lo mucho que se ha escrito sobre el «giro lingüístico» o el «giro hacia la memoria». Me limitaré a ponerlo de relieve en ocho tipos diferentes de historia y dejaré fuera otros, en aras de la brevedad, para centrar la atención en los siguientes: la historia de los conceptos de Koselleck, la historia social a la manera de E. P. Thompson, la microhistoria italiana, la historia de lo cotidiano en versión alemana, la historia biográfica, la historia de las prácticas de Bernard Lepetit, la exploración de las topografías históricas en la obra de Karl Schlögel y el género híbrido al que Enzo Traverso ha dado el nombre de *le «je» dans l'écriture de l'histoire*.

De un modo en el que se percibe la influencia de la filosofía hermenéutica de Gadamer, la *noción de experiencia* resulta esencial en la *historia social de los conceptos* de Reinhart Koselleck. En su libro editado en la República Federal Alemana en 1979, que tardó mucho en aparecer en castellano con el título de *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (1993), propone como categorías del conocimiento histórico, coordinadas y entrecruzadas internamente, lo que denomina *el espacio de experiencias y el horizonte de expectativa*. La variable relación entre uno y otro, desde una cierta coincidencia en la antigüedad hasta una diferencia cada vez más grande a partir de mediados del siglo XVIII, le lleva a establecer dos modos de concebir el «tiempo histórico» y en definitiva la propia historia: «historia magistra vitae», en el extremo más lejano, y el moderno concepto de historia (KOSELLECK, 1993 y 2004).

Según expone Koselleck en varios de sus escritos, la vida humana está constituida por experiencias, unas veces nuevas o sorprendentes y otras de naturaleza repetitiva, pero se necesitan conceptos para poder tener o acumular experiencias e incorporarlas en el curso de una vida. Los conceptos son más y menos que las experiencias y viceversa. Los conceptos son necesarios para fijar las experiencias,

que se diluyen, para saber qué sucedió y conservar e integrar las experiencias pasadas en nuestro lenguaje y en nuestro comportamiento. Solo gracias a ello somos capaces de comprender lo acontecido, hacer frente a los retos del pasado y prepararse para los acontecimientos futuros, comunicarlo posteriormente y narrar la historia de las propias experiencias. No hay experiencias sin conceptos, ni conceptos sin experiencias, dicho en lenguaje kantiano según afirma Koselleck, quien lo considera un enunciado antropológico aplicable a todas las personas y a todas las culturas, lenguas y épocas, con independencia de las experiencias adquiridas y de los conceptos desarrollados en cada una de ellas. Al desplazar nuestra atención de esa disposición general del ser humano al contenido de los conceptos, a las experiencias concretas y reales captadas por los conceptos e integradas en estos lingüísticamente, comienzan los cambios. Solo sobre un fondo de condiciones repetitivas, que Koselleck relaciona con la *longue durée* de Fernand Braudel, es posible registrar y captar las modificaciones en la transformación correlativa del concepto y del estado de cosas. En contra del enfoque materialista, para el que el lenguaje carece de importancia, y frente al punto de vista idealista, en el que los textos son formas de expresión del espíritu humano o se reduce (como hace Hayden White) toda la historia a sus descripciones historiográficas y a su forma lingüística, Koselleck opta por un término medio. Una historiografía socioeconómica y otra basada en el análisis crítico de textos no tienen por qué excluirse y deben estimularse recíprocamente, así lo pretende la historia de los conceptos (KOSELLECK, 2012: 27-48).

En *The Poverty of Theory and Other Essays*, E. P. Thompson polemizaba en 1978 con Althusser y establecía una contraposición entre lo que denomina «la lógica de la historia» y la «lógica analítica», que identifica con «el discurso de la demostración propio del filósofo». En *Miseria de la teoría*, que es el título en España del volumen que recoge buena parte del contenido de la edición original en inglés, el autor de *The Making of the English Working Class* (1963) rechaza una manera de concebir el materialismo histórico que le recuerda a la teología, en la que el plan divino es sustituido por la marcha implacable del capitalismo. A cambio, pone en el centro de sus averiguaciones «la experiencia humana», un término que nos dice que es descalificado con el epíteto de «empirismo» por Althusser y sus seguidores. *La experiencia humana* hace posible el retorno de los hombres y las mujeres como sujetos, pero no en tanto que «sujetos autónomos» o «individuos libres», puntualiza Thompson, sino «como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas», con sus intereses y antagonismos. De ese modo cada individuo elabora su experiencia «dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura, por vías complejas relativamente autónomas», a la vez que unos y otros actúan sobre su propia situación a menudo, pero no siempre, «a través de estructuras de clase a ellos sobrevenidas» (THOMPSON, 1981: 253).

El *materialismo histórico cultural* de E. P. Thompson, dentro de lo que otras veces se denomina «marxismo crítico», se encuentra en las antípodas de las «formes escolàstiques», «elementals i catequístiques» de marxismo a las que se refería Fontana,

como hemos visto, tanto en Occidente como en Europa del Este y en la URSS. No pocos historiadores (entre ellos E. P. Thompson y el propio Fontana) habían abandonado ese marxismo dogmático mucho antes del hundimiento del bloque soviético. La reivindicación de *la experiencia humana* por parte del historiador inglés, sin dejar por ello de poner en relación las vidas de hombres y mujeres con el medio social a través (pero no siempre, matizaba) de estructuras de clases, guarda un cierto parecido con la llamada *microhistoria*. En la versión más reciente de la síntesis de Georg G. Iggers sobre la trayectoria de la historiografía, publicada en inglés en 2007 y editada en castellano en 2012, dicho autor considera (antes lo he puesto de relieve) que una de las tendencias más presentes en la historiografía de las últimas décadas es la que desplaza la atención de la macrohistoria a *la microhistoria y la historia de la vida cotidiana*. La investigación colectiva sobre la protoindustrialización dirigida por Hans Medick, la *microstoria* italiana y la *Alltagsgeschichte* en Alemania tienen mucho en común. Según Iggers, centran su atención «en las experiencias de vida de los seres humanos concretos», sin presentarse ni mucho menos como una alternativa a los procesos sociales y políticos a gran escala. Añadiré que este historiador también destaca cómo algunos enfoques microhistóricos, que echan mano de las biografías y memorias y de la historia oral, se adentran en el estudio de los conflictos políticos en el siglo XX, particularmente en relación con las víctimas y, más recientemente, con los perpetradores del Holocausto y las persecuciones y masacres estalinistas. «Mediante el uso de los métodos microhistóricos», considera Iggers, el libro *Ordinary Men* de Christofer Browning ha hecho mucho más que detallar ciertos aspectos del Holocausto, al haber logrado «agregar una dimensión a la conducta de estos victimarios que no hubiera sido revelada por generalizaciones más amplias» (IGGERS, 2012: 186-191).

La importancia que adquiere la «experiencia humana» (Thompson) o «la experiencia de los seres humanos concretos» (Iggers) se manifiesta en los nuevos enfoques y en los resultados de un tipo de historia que incluye *el materialismo cultural de Thompson, la microhistoria y la historia de la vida cotidiana*. El desplazamiento hacia la experiencia humana va unido al rechazo del determinismo extremo (económico, demográfico, social o del tipo que sea), supuestamente provocado por fuerzas abstractas o impersonales, y pone en primer plano las particularidades de la acción individual y social de unos hombres y mujeres que, dentro de las coordenadas de su *conciencia* y su *cultura*, intervienen por vías complejas y relativamente autónomas, por volver a citar a Thompson. Sin embargo, hay formas diversas de hacerlo, no en vano también lo son las concepciones epistemológicas, metodológicas y literarias en la historiografía desde la desaparición de los paradigmas. La obra de Thompson no es una historia a pequeña escala, proporciona una visión social de conjunto sobre la transformación de la cultura popular, de las costumbres de los trabajadores y de la formación de la clase obrera en un contexto histórico específico y de cierta amplitud, el de la nación inglesa en los siglos XVIII y XIX. Por eso a Josep Fontana le parecía abusivo que los promotores en Italia de la colección de

libros «Microstorie» incluyeran en su catálogo a E. P. Thompson, junto a Ginzburg, Natalie Zemon Davis y Giovanni Levi, como si todos ellos formaran parte de una misma corriente historiográfica. Sin embargo, los historiadores más representativos de la microhistoria italiana no tenían el propósito de considerarla una tendencia o escuela historiográfica. Ciertamente, detrás del término «microhistoria» hay obras de escaso interés, como en 1992 escribía Fontana, pero a treinta años de distancia no es posible compartir su opinión de que, en general, la microhistoria «ha intentat barrejar conjuntament textos que... no passen d'anècdotes (“story” més que “history”) amb altres que exploren casos individuals que poden situar-se en un context, ni que sigui per discutir-ne la pretesa universalitat de les regles amb què se'ls interpreta habitualment» (FONTANA, 1992: 17).

Para Chartier, *la microhistoria* difiere radicalmente de la monografía tradicional, porque a partir de una situación particular reconstruye la manera en la que los individuos producen el mundo social por medio de alianzas y enfrentamientos, a través de las dependencias que los unen o de los conflictos que les oponen. De esa forma, añade a continuación, se afirma una nueva historia social en el desplazamiento de las reglas impuestas a los usos inventivos, de las conductas obligadas a las decisiones permitidas por los recursos de cada uno: poder social, pujanza económica, acceso a la información. La historia de las sociedades, habituada a establecer jerarquías y a construir colectivos, tiene ahora nuevos objetos, que se estudian a pequeña escala, y enfoques innovadores, como el nuevo tipo de biografía de que nos habla Giovanni Levi o la perspectiva centrada en las estrategias de las familias, para ampliar sus esferas de solidaridad e influencia, en el libro de Jaime Contreras Sotos *contra Riquelmes* (CHARTIER, 1994: 4-5).

Además de la reducción de escala, de la importancia dada a los individuos en contextos específicos y de los desplazamientos mencionados por Chartier, *la microhistoria italiana* comparte otras preocupaciones y enfoques, algunos de los cuales han sido destacados por Justo Serna y Analet Pons (SERNA y PONS, 2000 y 2019). La microhistoria italiana tiene en cuenta los debates sobre la racionalidad (LEVI, 2003: 120-121), la interacción entre el individuo y la sociedad, y las distintas estrategias de conocimiento a la hora de estudiar las múltiples y diversas experiencias humanas. Asimismo, en las aportaciones más valiosas de la microhistoria está presente la toma de conciencia de la construcción del objeto de estudio por parte del historiador, y la atención se pone también en el relato y en la dimensión literaria, pero con una postura contraria al relativismo en historia (SERNA y PONS, 2000: 256). Todo ello se lleva a cabo con enfoques y desde perspectivas muy diferentes, desde la más hermenéutica de Carlo Ginzburg, con su «paradigma de los indicios» y el estudio intensivo de un caso anómalo, en tanto que la anomalía contiene la norma y no viceversa («Algunas preguntas que me planteo», texto de Ginzburg en SERNA y PONS, 2019: 161), hasta los planteamientos de Giovanni Levi. Este último, con el cambio de escala de análisis y su peculiar enfoque biográfico, interroga la historia social y saca a la luz la multiplicidad de

las experiencias, la pluralidad de sus contextos de referencia y las contradicciones internas y externas de las que son portadoras esas experiencias (REVEL, 1996: 22).

Algo parecido puede decirse del auge de la biografía en la producción de los historiadores. La gran variedad de modalidades en el contenido y en la forma de esas biografías queda recogida en numerosos libros publicados en las últimas décadas. En ellos no solo vemos cómo desde la Antigüedad han ido cambiando las relaciones entre biografía e historia, sobre todo en los siglos XIX y XX, sino que encontramos una muestra amplia y significativa de los distintos caminos experimentados por la biografía desde finales de la pasada centuria⁴. La *historia biográfica*, término propuesto por Sabina Loriga para referirse al redescubrimiento reciente de la biografía por parte de los historiadores, reenvía principalmente en su opinión a *las experiencias de los historiadores* atentos a lo cotidiano, a las «otras subjetividades», a la historia oral, a los estudios sobre la cultura popular y a la historia de las mujeres, así como al deseo de extender el campo de la historia y poner delante de la escena a los excluidos de la memoria. La crisis de una «historia científica», añade Sabina Loriga, que reduce el sentido de las acciones humanas a un subproducto de las fuerzas productivas y de los medios culturales, así como la crisis de la interpretación marxista, del modelo estructural y del análisis cliométrico, han llevado a desplazar la atención de la dimensión colectiva de la experiencia histórica a la reflexión sobre los destinos individuales (LORIGA, 1996: 209-210).

Los estudios biográficos, nos dice Isabel Burdiel, contribuyen de forma significativa a establecer claves útiles de conversación historiográfica que hagan posible el cruce de fronteras geográficas, políticas y disciplinares, para aproximarse mejor «a la complejidad y la pluralidad del pasado» (BURDIEL, ed., 2014: 14). Para dicha historiadora, la aportación del posestructuralismo ha «agudizado nuestra atención hacia el lenguaje, no ya como mero reflejo o vehículo comunicativo, sino como constructor de la realidad», lo que ha sido crucial para argumentar que «la identidad y la experiencia de una mujer» son, a su vez, producto de los discursos dominantes y que «ser *mujer* es menos una experiencia identitaria propia y fija que una construcción y una práctica social» (BURDIEL, 2000: 36-37). La historia de las mujeres y del género, por diversos motivos, ha jugado un papel destacado en el redescubrimiento de la biografía. Según Mónica Bolufer, de una parte, por el impulso dado a la recuperación de las vidas «robadas» del pasado, silenciadas u olvidadas por la historiografía hasta hace muy poco, de manera que se contemple ahora la variedad de las experiencias de las mujeres. De otra parte, por la crítica

4. Me limitaré a destacar unas pocas obras de ese tipo: el artículo de Giovanni Levi «Los usos de la biografía» (LEVI, 1989), el volumen colectivo coordinado por J. C. Davis e Isabel Burdiel *El otro, el mismo* (DAVIS y BURDIEL, 2005), el libro del François Dosse *La apuesta biográfica* (DOSSE, 2007), el de Sabina Loriga *Le petit x. De la biographie à l'histoire* (Loriga, 2010) y dos de las publicaciones a que dio pie la Red Europea sobre Teoría y Práctica de Biografía (véase también su página web <https://www.uv.es/retpb/index-es.html>); el dossier coordinado por Isabel Burdiel para la revista *Ayer* «Los retos de la biografía» (BURDIEL, 2014) y el libro editado por Isabel Burdiel y Roy Foster *La historia biográfica en Europa* (BURDIEL, 2015).

a la visión de la identidad como algo natural, ligado de un modo automático a atributos innatos y compartidos (sexo, raza, nación) o a condiciones comunes de experiencia material (clase), replanteándose así de un modo crítico el problema de la formación de las identidades en general (BOLUFER, 2014: 88 y 97).

En resumen, también *la experiencia de los agentes de la historia y de los propios historiadores* adquiere un gran relieve en distintos tipos de biografía en las tres últimas décadas; en sentido más amplio, en el heterogéneo conjunto de estudios históricos acerca de vidas con trayectorias no concebidas de modo lineal, ni pre-determinadas de antemano por fuerzas impersonales, que se sitúan en contextos y épocas diversos y cambiantes. La *microhistoria* y la *historia biográfica* mantienen con frecuencia una relación tan estrecha y se imbrican de tal manera que, en numerosas ocasiones, carece de sentido diferenciarlas. Otro tanto sucede si añadimos la *historia de la vida cotidiana*, que en Alemania a finales del siglo XX recibió el nombre de *Alltagsgeschichte* (LÜDTKE, dir., 1994). Además, en espacios sociales de mayor amplitud y no a pequeña escala como la microhistoria, de forma distinta a la de E. P. Thompson por la época, la temática y la perspectiva, han aparecido recientemente obras que se han propuesto *entender experiencias individuales y colectivas con un enfoque en cierto modo biográfico o de historia de vidas*, se trate de experiencias cotidianas, excepcionales o traumatizantes. Veamos a continuación tres ejemplos de especial relieve.

El libro de Adam Hochschild *Para acabar con todas las guerras. Una historia de lealtad y rebelión (1914-1918)* no es una historia de la Primera Guerra Mundial, sino de algunos hombres y mujeres que, como escribe su autor, conforman «un elenco que he ido recopilando poco a poco a lo largo de los años, a medida que encontraba personas cuyas vidas representaban respuestas muy diferentes a las opciones que tenían quienes vivieron en una época en la que el mundo estaba en llamas». Entre los personajes de dicho libro figuran generales, activistas sindicales, feministas, agentes provocadores, un escritor que se hace propagandista, un domador de leones convertido en revolucionario, un ministro, un periodista de clase obrera militante, tres soldados llevados ante un pelotón de fusilamiento y un joven idealista que mucho después sería asesinado por la policía secreta soviética (HOCHSCHILD, 2013: 31). En *La guerra alemana. Una nación en armas (1939-1945)*, Nicholas Stargardt se propone «comprender la experiencia de aquellos que vivieron en Alemania y bajo la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial»; una «guerra alemana», provocada por el régimen nazi, que agotó todas las reservas morales y físicas de la sociedad alemana hasta la «derrota final» de 1945. «Este libro narra cómo el pueblo alemán experimentó y apoyó la guerra». El interés del autor por «explorar las dimensiones subjetivas de la historia social» le ha llevado a intentar «sacar a la luz los temores y esperanzas de la sociedad de la que provenían los conquistadores y los verdugos, para poder entender cómo los alemanes justificaron la guerra ante sí mismos». Una cuestión que estudia por medio de imágenes «macro» de las opiniones existentes (los informadores secretos

del régimen, los censores militares de la correspondencia de los soldados) y en profundidad mediante una escogida selección de individuos de una amplia gama de ambientes diversos y a lo largo de un periodo de tiempo considerable: recopilación de cartas de enamorados, amigos cercanos, padres e hijos y matrimonios, diversos archivos privados, etc. (STARGARDT, 2016: 26-27 y 31-32). Por su parte, Christian Ingrao, en el prólogo de *Crecer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, caracteriza su libro como «una historia de las experiencias de estos hombres», una élite brillante, inteligente y cultivada, con el fin de comprender «de qué manera en el marco de sus experiencias vitales» (durante la Gran Guerra, la militancia nazi como reacción a esa primera experiencia, el aterrador viaje al Este y la aceptación de la derrota y su destino tras los juicios de la posguerra) se «pudo moldear su sistema de representaciones» (INGRAO, 2017: 9-14).

Con el título *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale* se publicó en 1995 un libro colectivo bajo la dirección de Bertrand Lepetit, en el que este destacado representante de la denominada «cuarta generación de *Annales*, que un año después falleció en un accidente de coche, expuso su propuesta historiográfica. Tras referirse a la coyuntura de crisis de la historia y a la fragmentación y desmigajamiento que estaba teniendo lugar, Lepetit llama la atención sobre dos principios que era preciso incorporar a la investigación en historia. El primero, que en el universo de las ciencias sociales había llegado el fin de las veleidades imperialistas y se imponía la interdisciplinariedad. El segundo principio podía formularse de esta manera: si la historia es escritura, el razonamiento histórico no se reduce «ni à une duplication du réel ni à un agencement linguistique». El historiador da por descontada la realidad del pasado, pero organiza a partir del trabajo de modelización los contornos y las características de la representación explicativa que propone. La historia, considera Lepetit, es una técnica (o un oficio) que se fundamenta en la manipulación (de archivos, de series, de contextos, de escalas, de hipótesis, etc.) y en la experimentación. «Une pratique y définit la pertinence». A partir de esos dos principios, Lepetit plantea un nuevo programa de investigación, del que este libro de 1995 sería una de sus aplicaciones, en el que se presta una atención particular a la sociedad desde el punto de vista de *la práctica social*. En dicho programa las identidades y los vínculos sociales no tienen naturaleza, sino distintos usos, y el foco de atención está puesto en la cuestión del acuerdo, para analizar de dónde saca su fuerza, cómo se modifica y actualiza, y cómo *la experiencia del historiador en cada presente*, a la hora de abordar este y otros muchos problemas históricos, desempeña un papel esencial (LEPETIT, 1995: 9-22 y 273-298).

La experiencia asimismo resulta importante para Karl Schlögel, en particular *su experiencia como alemán* que creció en la década de 1950 en unos años en que Rusia era tema de conversación, sobre todo cuando su padre una vez al año se reunía con otros camaradas del frente que también habían salido ilesos. «Rusia, o más exactamente Stalingrado, Siberia, se convertían entonces en lo que más tarde podría llamarse literalmente un *lieu de mémoire*», nos dice. Los recuerdos y

la cartilla militar que conservaba su padre, los viajes obligatorios de formación como colegial fomentados por el Gobierno de la República Federal Alemana o la visita a Praga, que fue su primera estancia al otro lado del Telón de Acero al final del bachillerato, todo ello despertó su curiosidad juvenil por la URSS. Hasta tal punto llegó ese interés que Schlögel escribió una carta a Jruschov o a Radio Moscú (no lo recuerda bien) y recibió de allí un grueso paquete de libros (SCHLÖGEL, 2023: 28-32). Después vinieron los primeros encuentros en persona con la Unión Soviética, la asistencia a seminarios sobre «materialismo histórico» en la Universidad Libre de Berlín y otras muchas experiencias, hasta llegar a convertirse en profesor de Historia de la Europa del Este en la Universidad Europea de Viadrina (Fráncfort del Oder) y autor del libro *Terror y utopía. Moscú en 1937* (SCHLÖGEL, 2014), con el que en 2012 obtuvo el premio de Leipzig para el Entendimiento Europeo⁵.

La experiencia también desempeña una función esencial en el método de Schlögel que consiste, como él mismo lo describe, en *explorar las topografías históricas*. «El modo en que suelo presentarme a mí mismo la historia y la singularidad de un país o de una cultura pasa por recorrer las ciudades y explorar los espacios», nos dice. Las ciudades son para dicho historiador documentos de primer orden y se revelan «como puntos de máxima condensación de los espacios y de la experiencia histórica», a diferencia de lo que sucede «en una perspectiva macrocósmica-global o en una microcósmica» (SCHLÖGEL, 2023: 13). En su libro sobre Moscú, la introducción destaca su propósito de reunir «los contradictorios fenómenos y experiencias» de 1937 en dicha ciudad por medio de un conjunto de aspectos vistos con frecuencia de manera aislada, y ofrecer una síntesis sobre investigaciones en las disciplinas más dispares. Para el mencionado historiador, se trata de eliminar ciertas oposiciones que se han vuelto obsoletas y de aprovechar el potencial explicativo de cualquier tendencia, sea la historia de los hechos, de la vida cotidiana, de las mentalidades, «desde arriba» o «desde abajo», de «la acción principal y la acción estatal»; o, en el caso soviético, el planteamiento de la cuestión del terror, que opone a los que piensan que tuvo una planificación centralizada y a quienes consideran que se llevó a cabo a ciegas, sin rumbo, espontáneamente (SCHLÖGEL, 2014: 25-26).

Por último, me referiré a una tendencia reciente y de notable repercusión, más allá del medio académico: a la nueva forma subjetivista de escritura de la historia analizada por Enzo Traverso en su libro *Passés singuliers. Le «je» dans l'écriture de l'histoire* (TRAVERSO, 2020). En su opinión, constituye un género híbrido (ni historia en el sentido convencional, ni propiamente autobiografía) que transgrede las tradiciones, va más allá de los cánones literarios y pone en cuestión ciertas premisas generalmente aceptadas de la disciplina histórica. No se trata del reconocimiento de la subjetividad en los actores del pasado, que desde el siglo XIX

5. Véase la recensión de este libro por parte de Carmen García Monerris publicada en el número 56 de *Pasajes de pensamiento contemporáneo* (GARCÍA, 2019).

con la apelación a la empatía diferenció el historicismo de un estricto enfoque positivista, ni tampoco de la subjetividad del propio historiador. En mi opinión, esto último se puso muchas veces de relieve a lo largo del siglo XX, sobre todo en la filosofía crítica de la historia, en la historiografía marxista y en las distintas vertientes de la historia social. De lo que habla Enzo Traverso es de la escritura de los historiadores en primera persona, pero no de autobiografías o de «ego-historia», sino en un tipo de obras (elige a once autores, entre ellos Ivan Jablonka, Mark Mazower, Omar Bartov, Sergio Luzatto, Mona Ozouf, Michel Winnock y Stéphane Audoin-Rouzeau) en las que se establece *una simbiosis total entre el historiador y su objeto de investigación*. La escritura en primera persona, según Traverso, rompe con una de las convenciones más antiguas, desde Tucídides: el distanciamiento de la tercera persona. Desde el principio el estilo impersonal diferenció la historia del testimonio, separó al historiador de su objeto de estudio y vino unido al propósito de proporcionar un conocimiento objetivo del pasado humano. Por el contrario, en nuestros días, el historiador pasa a ser también protagonista del relato histórico, que muchas veces toma la forma de una historia familiar, pero no como testigo, lo cual resulta imposible por haber nacido después de los acontecimientos que estudia, sino en el curso de la investigación emprendida con fuentes y métodos diversos, en general muy similares a los del resto de los profesionales de la historia. A ello se añade una novedad destacable y también transgresora: la literatura o mejor dicho un cierto tipo de creaciones artísticas (Traverso menciona a diversos escritores, entre ellos W.G. Sebald, Patrick Modiano, Daniel Mendelsohn, Eric Vuillard y Javier Cercas, y también al director de cine Claude Lanzmann y a Art Spiegelman, autor de *Maus*), en las que la ficción se convierte en un recurso analítico para ir más allá de lo que es posible documentar. Asimismo, en cuanto que medio de representación de los hechos y de quienes los han protagonizado, la ficción literaria o artística mantiene en la obra del historiador su indudable atractivo con el fin de captar la atención de un público que llegue mucho más allá del que abarcan los profesionales de la historia.

La ambivalencia de Enzo Traverso en relación con este tipo de historiografía resulta muy manifiesta⁶. La nueva forma de escritura subjetivista del pasado, según nos dice, enriquece y diversifica la disciplina histórica, llega a resultados notables y puede interpretarse como la expresión de un trabajo de «posmemoria», cada vez más necesario (me gustaría añadir) con la desaparición progresiva de los testigos de acontecimientos dramáticos del siglo XX. Sin embargo, para Traverso, esa nueva forma de escribir historia no marca ninguna ruptura metodológica, ni su práctica tiene nada de subversivo desde el punto de vista académico. En el ámbito científico no se puede considerar *a priori* un avance o un retroceso y tampoco es posible atribuirle una posición política o considerarla una escuela, por cuanto atraviesa las

6. He expuesto en otro lugar los aciertos del análisis de Traverso y algunas de mis discrepancias con su punto de vista (RUIZ, 2022).

disciplinas y las sensibilidades políticas, y llega a historiadores con escasas afinidades en otros aspectos. La doble valoración anterior se puede compartir, pero Enzo Traverso va más lejos al situar la «escritura subjetivista de la historia» en estrecha relación con un supuesto *Zeitgeist* de nuestra época, en el que el predominio del *neoliberalismo* y del *presentismo* estarían favoreciendo el apoliticismo, la atrofia de la imaginación utópica y la retirada a la esfera de lo íntimo. La expansión del yo, en detrimento del «nosotros», la autosuficiencia, el exceso narcisista de la multiplicación de imágenes de uno mismo o *selfies*, la mirada melancólica vuelta hacia un pasado discontinuo y el hecho de que la familia se haya convertido en el lugar privilegiado de la memoria y de la indagación histórica, todo ello imprime un carácter determinado a nuestra época, según Traverso, que se manifiesta en este nuevo tipo de escritura de la historia y en la generación que lo promueve.

Adentrarnos en *la experiencia del tiempo presente* con el fin de situar «la historia escrita desde el prisma de la subjetividad del autor», por utilizar la expresión de Enzo Traverso, debería incluir a mi parecer no solo los aspectos destacados en *Passés singuliers*, sino también otros muy distintos y que en cierto modo van en sentido contrario. Después de todo estamos en una época, como cualquier otra, llena de contradicciones y la tensión correspondiente (se considere o no dialéctica) también se hace patente en el ámbito de la historiografía. La expansión del yo en detrimento del nosotros, de la autosuficiencia, del exceso narcisista y del uso presentista y reciclable del pretérito, para fines espurios en el presente, son rasgos que asimismo encontramos en obras de historia escritas de un modo supuestamente distante, impersonal y «objetivo». En sentido contrario, no pocos de los libros de historiadores escritos en primera persona recogen experiencias de una época que ha sustituido el realismo ingenuo y la ideología de la objetividad por una crítica de la razón universal, que no concibe la historia como un proceso lineal y en la dirección del progreso, y que desconfía de quienes afirman estar en posesión de la verdad, sin renunciar por ello a la búsqueda de la objetividad. Tampoco en una amplia gama de historiadores con libros escritos en primera persona hay renuncia alguna a proporcionar modos racionales y colectivamente evaluables o científicos de entender (de diferentes maneras) procesos de distinto carácter y en diversos medios sociales. Esos mismos historiadores, piénsese por ejemplo en Mark Mazower, Stéphane Audoin-Rouzeau, Ivan Jablonka o Omar Bartov, por citar a unos pocos, han elaborado síntesis muy valiosas que abarcan procesos a una escala social amplia, en el tiempo corto de los acontecimientos o en la larga duración⁷. La centralidad de las experiencias individuales y colectivas, en cada caso

7. Mark Mazower, autor del libro al que se refiere Enzo Traverso (MAZOWER, 2021), también lo es de *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation*; *Dark Continent: Europe's 20th Century*; *The Balkans: A Short History, Salonica*; *City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews*; *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*; y *Governing the World: The History of an Idea*. Stéfan Audoin-Rouzeau es un reconocido especialista de la Gran Guerra. Ivan Jablonka ha escrito sobre los jóvenes de la República francesa desde 1789 hasta nuestros días y sobre los niños y la asistencia pública de 1874

particular y en situaciones tan extremas y traumatizantes como las vividas en el siglo XX, no tiene por qué llevar al abandono de una visión de conjunto, ni conducir necesariamente al apoliticismo o a un repliegue en la esfera de lo íntimo⁸.

En cuanto al «presentismo» de nuestra época, puede concebirse y esa es la propuesta de François Hartog como *un nuevo régimen de historicidad* en el que el presente impone su interés inmediato y cortoplacista a un pasado movible y efímero y a un futuro sin grandes expectativas. La estructura temporal particular de la modernidad, con el foco puesto en el horizonte de expectativas y no en el espacio de experiencias como en el mundo antiguo, habría dejado paso a *otra experiencia del tiempo* en la que todo transcurre como si no hubiera más que presente; un presente que se extiende tanto en la dirección del futuro, por los dispositivos de la precaución y de la responsabilidad, como hacia el pasado, mediante el recurso a las nociones de memoria, deuda, patrimonio, conmemoración, identidad, etc. Se trata, según Hartog, de un presente multiforme y multívoco, a la vez todo (no hay más que presente) y casi nada (la tiranía de lo inmediato); en definitiva, de un presente monstruoso (HARTOG, 2003: 28 y 216-2017; HARTOG, 2013: 290).

Sin embargo, también es posible que las experiencias dolorosas de nuestro más reciente pasado, se consideren o no traumáticas o mejor traumatizantes, de un pasado que se aleja en el tiempo, pero que continúa muy presente, hayan llevado a no pocos historiadores a centrar su atención en cuestiones no percibidas antes, como las relacionadas con la llamada «era del testigo» (WIEVIORKA, 1998) o el pasado presente de la memoria y la transmisión o no de la memoria de un modo colectivo. En ese sentido, la narración en primera persona se convierte en un recurso útil y adecuado para exponer los problemas y las dificultades de una investigación histórica de este tipo, centrada en cómo se conservan, transmiten, silencian o se olvidan en el presente recuerdos de experiencias de distinto carácter, en un marco en el que a medio y largo plazo la familia y la sucesión de las generaciones, en medios sociales y contextos históricos muy diferentes, siguen siendo importantes.

Acabaré como había empezado, es decir, con el libro *La història després de la fi de la història*, por cuanto un presentismo bien entendido es aquello que, según nos decía Josep Fontana en 1992 (inspirándose en Walter Benjamin), lleva a una especie de «revolución copernicana». Por medio de dicha revolución, la relación tradicional que considera el pasado como un centro fijo y estable, en torno al cual gira el presente, se invierte para situar el presente en el centro de nuestras preocupaciones. De ese modo, concluye Fontana, es posible utilizar el pasado con el fin de que inspire una conciencia lúcida y crítica para saber enfrentarse a los problemas actuales.

a 1939, así como una historia de la masculinidad, además del libro mencionado por Traverso (JABLONKA, 2022). Omar Bartov tiene un libro sobre los soldados nazis y la guerra del Tercer Reich, posterior a su autobiografía familiar y su viaje al presente y al pasado de la región de Galitzia (BARTOV, 2015).

8. Como puede comprobarse también en cuatro libros escritos en primera persona y no citados por Enzo Traverso (HIMMLER, 2011; HARDING, 2017; SANDS, 2017; SCHWARTZ, 2019).



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTOV, Omer (2015): *Borrados*, Barcelona, Malpaso Editores (edición original en inglés de 2007).
- BLOCH, Marc (1996): *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Ed. Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica.
- BOLUFER, Mónica (2014): «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», *Ayer*, n.º 93, pp. 85-116.
- BURKE, Peter ed. (1993): *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial (edición original en inglés de 1991, segunda edición de 2001, publicada en castellano por Alianza Editorial en 2003).
- BURDIEL, Isabel (2000): «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores*, Madrid, Editorial Espasa, pp. 17-47.
- BURDIEL, Isabel (coord.) (2014): «Los retos de la biografía», *Ayer*, n.º 93, pp. 13-18.
- BURDIEL, Isabel y Roy FOSTER (eds.) (2015): *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- CHARTIER, Roger (1994): *L'Histoire aujourd'hui: doutes, défis, propositions*, en *Eutopías*, 2.ª época. Documents de travail, vol. 42 ; reproducido con otro título, « L'histoire entre récit et connaissance », y ligeras modificaciones en CHARTIER, Roger (1998): *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude*, París, Albin Michel, pp. 87-107.
- DAVIS, J. C. e Isabel BURDIEL (eds.) (2005), *El otro, el mismo. Biografías y autobiografías en Europa (siglos XVII-XX)*, València, PUV.
- DOSSE, François (1988): *La historia en migajas*, València, Edicions Alfons el Magnànim (edición original en francés de 1987).
- DOSSE, François (2007): *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, València, PUV (edición original en francés de 2005).
- CIPOLLA, Carlo (1991): *Allegro ma non troppo*, Barcelona, Editorial Crítica.
- DANIEL, Ute (2005): *Compendio de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial.
- ERICE, Fernando (2020): *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Tres Cantos, Siglo XXI de España.
- FONTANA, Josep (1992): *La història després de la fi de la història. Reflexions i elements per a una guia dels corrents actuals*, Girona, Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives / Eumo Editorial; versión en castellano: *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica.
- GARCÍA MONERRIS, Carmen (2019): «La muerte siempre llama a la puerta de noche (Terror y utopía. Moscú en 1937 de Karls Schögel)», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, vol. 56, pp. 129-140.
- HARDING, Thomas (2017): *La casa del lago. Berlín. Una casa. Cinco familias. Cien años de historia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg (edición original en inglés de 2015).
- HARTOG, François (2003): *Régime d'historicité. Présentisme et expérience du temps*, París, Éditions du Seuil.

- HARTOG, François (2013): *Croire en l'histoire*, París, Flammarion.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (2004): *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, Editorial Akal.
- HIMMLER, Katrin (2011): *Los hermanos Himmler. Historia de una familia alemana*, Barcelona, Editorial Libros del Silencio (edición original en alemán 2005).
- HOCHSCHILD, Adam (2013): *Para acabar con todas las guerras. Una historia de lealtad y rebelión (1914-1918)*, Barcelona, Ediciones Península (edición original en inglés de 2011).
- IGGERS, Georg G. (1993): *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert. Ein kritischer Überblick in internationalen Zusammenhang*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- IGGERS, Georg G. (1995): *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Editorial Labor.
- IGGERS, Georg G. (2012): *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, México / Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica (la edición en inglés completamente revisada es de 2007).
- INGRAO, Christian (2017): *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*, Barcelona, Acantilado (edición original en francés de 2010).
- JABLONKA, Ivan (2022): *Historia de los abuelos que no tuve*, Barcelona, Editorial Anagrama (edición original en francés de 2012)
- KOSELLECK, Reinhart (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona / Buenos Aires, Paidós Editorial (edición original en alemán de 1979).
- KOSELLECK, Reinhart (1997): *L'expérience de l'histoire*, París, Hautes Études / Gallimard / Seuil.
- KOSELLECK, Reinhart (2004): *historia / Historia*, Madrid, Editorial Trotta (edición original en alemán de 1975).
- KOSELLECK, Reinhart (2012): *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Editorial Trotta (edición original en alemán de 2006).
- LE GOFF, Jacques y Pierre NORA (eds.) (1978 y 1980): *Hacer la historia*, tomo I *Nuevos problemas*, tomo II *Nuevos enfoques*, tomo III *Nuevos temas*, Barcelona, Editorial Laia (edición original en francés de 1974).
- LEPETIT, Bernard (1995): *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel.
- LEVI, Giovanni (1989): «Les usages de la biographie», *Annales* 44 Année, n.º 6, novembre-décembre, pp. 1325-1337.
- LEVI, Giovanni (2003): «Sobre la microhistoria», en Peter BURKE : *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 119-143.
- LORIGA, Sabina (1996): «La biographie comme problème», en Jacques REVEL: *Jeux d'échelles*, pp. 209-231.
- LORIGA, Sabina (2010): *Le Petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Editions du Seuil.
- LORIGA, Sabina y Jacques REVEL (2022): *Une histoire inquiète. Les historiens et le tournant linguistique*, París, EHESS / Gallimard / Seuil.
- LÜDTKE, Alf, dir. (1994): *Histoire du quotidien*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme (edición original en alemán de 1989).
- MAZOWER, Mark (2021): *Lo que no me constaste. Una historia familiar rusa y el camino hacia casa*, Barcelona, Crítica (edición original en inglés de 2017).

- NOVICK, Peter (1997): *Ese doble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 vols., México, Instituto Mora (edición original en inglés de 1988).
- POIRRIER, Philippe (dir.) (2008): *L'histoire culturelle : un « tournant mondial » dans l'historiographie*, postface de Roger Chartier, Dijon, Editions Universitaires de Dijon.
- REVEL, Jacques, dir. (1996): *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Hautes Études / Gallimard / Seuil.
- RUIZ TORRES, Pedro (2022): «Història, subjectivitat i ficció. A propòsit de *Passats singulars* d'Enzo Traverso», *L'Espill*, n.º 68, pp. 5-20.
- SANDS, Philippe (2021): *Calle Este-Oeste. Sobre los orígenes de «genocidio» y «crimen contra la humanidad»*, Barcelona, Editorial Anagrama (edición original en inglés de 2016).
- SCHLÖGEL, Karl (2014): *Terror y utopía. Moscú en 1937*, Barcelona, Editorial Acanalado (edición original en alemán de 2008).
- SCHLÖGEL, Karl (2023): *Ucrania, encrucijada de culturas. Historia de ocho ciudades*, Barcelona, Editorial Acanalado (edición original en alemán de 2015; nueva edición ampliada de 2022).
- SCHWARZ, Géraldine (2019): *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, Barcelona, Tusquets Editores (edición original en francés de 2017).
- SERNA, Justo y Anacleto PONS (2000): *Cómo se escribe la microhistoria*, Madrid, Frónesis, editado por Cátedra / Universitat de València.
- SERNA, Justo y Anacleto PONS (2005): *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Tres Cantos, Ediciones Akal.
- SERNA, Justo y Anacleto PONS (2019): *Microhistoria. Las narraciones de Carlo Ginzburg*, Granada, Editorial Comares.
- STARGARDT, Nicholas (2016): *La guerra alemana. Una nación en armas (1939-1945)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg (edición original en inglés de 2015).
- STONE, Lawrence (1986): *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica (edición original en inglés de 1981).
- STONE, Lawrence (1991): «History and Post-Modernism», *Past and Present*, n.º 131 (agosto 1991), pp. 217-218 (junto con las intervenciones de P. Joyce, C. Kelly y G. M. Spiegel); traducido al castellano y publicado en *Taller d'història*, n.º 1 (1993), pp. 59-73.
- THOMPSON, Edward P. (1981): *Miseria de la teoría*, Barcelona, Editorial Crítica (incluye una buena parte de los textos de la edición original en inglés de 1978 titulada *The Poverty of Theory and Other Essays*).
- TRAVERSO, Enzo (2020): *Passés singuliers. Le « je » dans l'écriture de l'histoire*, Montréal, Lux Éditeurs (hay una excelente edición en catalán, con prefacio del autor: *Passats singulars. El «jo» en l'escriptura de la història*, Catarroja/Barcelona, Editorial Afers, 2021).
- WIEVIORKA, Annette (1998): *L'ère du témoin*, París, Hachette Littératures.

.....
PEDRO RUIZ TORRES es profesor emérito del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat de València y codirige con Cristina Vidal Lorenzo la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*. Ha publicado recientemente diversos estudios sobre historiografía contemporánea, usos públicos del pasado y memoria colectiva e historia.